

# CARIBE

Año III - Núm. 4

1982

## Segundo Ruiz Bolivia

... allí donde las relaciones de  
derecho están sacrilegamente  
perturbadas, el orden no  
puede nacer sino del miedo  
de los que sufren y de la  
violencia de los que  
mandan...

R.



## BETANCES Y VOLTAIRE: PARA UN SCARMENTADO UN SCALDADO (PROBLEMAS DE INTERTEXTUALIDAD EN UN CUENTO DE BETANCES)

CARMEN LUGO FILIPPI

Me sentí altamente motivada a incursionar en algunos textos en francés del Dr. Ramón Emeterio Betances durante el transcurso de una clase de literatura puertorriqueña del siglo XIX que dictaba para el año de 1969 el escritor puertorriqueño Luis Hernández Aquino. Mi entusiasmo, unido al desconocimiento absoluto que tenía respecto a la obra literaria de Betances, me tomaron un tanto atrevida en aquella época (característica que he perdido), y osé aventurarme en un relato largo que me cautivó desde el primer momento por su título: *Voyages de Scaldado* (viajes de Scaldado). He ahí, me dije, un título ambiguo que debe encerrar innumerables misterios. Confieso que hasta llegué a pensar que con un leve cambio de vocales, ese nombre constituiría un estupendo seudónimo para una escritora incipiente. (Les aclaro que entonces no era aún feminista). Seamos breves: el título tuvo la culpa de todo. Así que el atractivo de la titología ejercía ya su maquiavélica fascinación y no pude librarme de la nefasta deformación profesional que me obligaba a desmenuzar las ideas contenidas en el texto que había caído entre mis manos. Pero, he aquí que un fenómeno extraño hizo tambalear mi inocente agresividad: una leve sospecha de "dèjà lu" se fue haciendo cada vez más evidente. Como descodificadora metódica, la virginidad de ese texto se me iba haciendo impensable. Sí, porque no era meramente que allí se subrayara una vez más la famosa aseveración de Mallarmé de que: "Plus ou moins tous les livres contiennent la fusion de quelque redite comptée". Era mucho más que eso: el problema de la intertextualidad estaba explícitamente presente en esa ocasión a nivel del contenido formal de la obra. Sin haber leído el iluminador trabajo de Laurent Jenny sobre *La stratégie de la forme* (*La estrategia de la forma*), intuí que ese cuento largo me invitaba a hacer una doble lectura: tenía que descifrar su relación intertextual con el texto que le había servido de modelo.

No fue difícil dar con el culpable de mi desasosiego. Todo dependía, como bien señala Jenny, de la "sensibilité du lecteur à la redite". Tal sensibilidad, añadía el crítico, es evidentemente función de la cultura y de la memoria de cada época. Felizmente mi sensibilidad y mi memoria

no estaban entonces atrofiadas, y di con la clave. ¡Bravo!, quisiera que pensarán ustedes, por aquello de nutrir mi ego. Sin embargo, mi conciencia de comparatista se impone ante cualquier consideración narcisista, y me obliga a revelar el por qué de mis hallazgos iniciales. En primer lugar, además del título, que ya de por sí me lanzaba en un torbellino de vagas reminiscencias, el "incipit" (comienzo) del cuento de Betances contenía una perifrástica alusión a su fuente progenitora. De modo que hay que ser honestos: el caso de intertextualidad que me ocupaba no era evidentemente problemático porque la obra dejaba transparentar su relación con otro texto. Se daba en esta obra, lo que Jenny ha llamado "le fruit du goût plus ou moins marqué d'un tel pour l'intertextualité explicite"... De hecho, con el "incipit" "Betanciano nos instalábamos sobre una base segura: nada menos que arrancábamos del caso límite de una cuasi cita literal: "Je descends en ligne droite, par les femmes, du seigneur Scarmentado, ce fils du gouverneur de Candie qui, même après cent ans, est resté célèbre par ses voyages". De inmediato la voz narrativa se apropiaba de un parentesco inconfundible: un ligero examen del árbol genealógico, bastaba para dar con el noble antecesor, quien resultaba ser nada menos que una criatura inconfundiblemente volteriana. Y he aquí la prueba: en la oración inicial de *L'Histoire des voyages de Scarmentado* de Voltaire (1756), el narrador en primera persona confiesa: "Je naquis dans la ville de Candie en 1600". En segundo término, la sospecha de que los nombres de ambos protagonistas encerraban algo más que una mera coincidencia homófona, se comprobaba con sólo someterlos a una disección elemental. Tal operación me arrojó el siguiente balance: la existencia de elementos lúdicos que se desprendían de la configuración formal de los vocablos. Específicamente la aliteración constituía un recurso que afianzaba aún más el pretendido parentesco: las mismas cinco letras (tres consonantes y dos vocales) se repetían en ambos nombres, y curiosamente en la misma posición.

Tal juego se daba, no solamente a nivel del significante, sino también del significado. Véase a tal efecto que el término "Scarmentado" (dicho sea de paso se lo debemos puramente a la ingeniosidad volteriana tal vocablo en francés) es una adaptación del adjetivo español "escarmentado", que equivale en francés a "échaudé". Recordemos que este participio pasado usado en sentido adjetival describe a aquel que ha sido corregido con rigor. Una persona "escarmentada" es aquella que toma enseñanza de lo que ha visto y experimentado en sí o en otros. Por otro lado, "scaldado" (también adaptado del español) significa literalmente "el que ha sido bañado con agua hirviendo", y en sentido figu-

Voltaire  
1756

aliteración

escarmentado  
sinónimo

sinónimo

scaldado



rado, de acuerdo con el *Diccionario de la Real Academia y el Vox*, corresponde a estar "escarmentado, desengañado o receloso". En resumen, nótese cómo la sinonimia también tomaba parte en el juego; así que la actividad lúdica se extendía tanto al renglón de lo significado, como de lo significante.

Una vez establecidos estos datos fundamentales, urgía determinar hasta qué grado el fenómeno podía seguir constatándose en el resto del texto. ¿Era el cuento de Betances una mera imitación del de Voltaire, o existía en esta obra un trabajo de asimilación y de transformación que debe, de acuerdo con Jenny, caracterizar todo proceso intertextual? ¿En qué medida Betances había reescrito el cuento de Voltaire? Recordemos el dicho borgiano: "Las obras literarias no son nunca simples memorias, ellas reescriben sus recuerdos e influyen a sus precursores".

Debo hacer constar, no obstante, que si bien era cierto que la imagen del "escarmentado" o del "desengañado" aproximaba ambas obras, tal hallazgo resultaba un hecho de intertextualidad interesante, pero algo débil. Necesitaba otros criterios, susceptibles de ser aplicados al desarrollo de los cuentos, por ejemplo, el feliz descubrimiento de que el parecido no se limitaba a una común imagen, sino que se extendía a la totalidad de una situación dramática.

Veamos cómo una red de correlaciones se teje entre el carácter de los protagonistas, sus discursos respectivos y las vivencias que ambos tienen a raíz de múltiples viajes por Europa y América. Tanto Scarmentado como Scaldado abandonan sus respectivos lares para ir a una capital europea altamente "civilizada". La voz narrativa, al dar cuenta de la decisión, asume en ambas historias un tono de extremada candidez; tono inocentón que pone al lector en guardia y que, dicho sea de paso, prevalecerá a lo largo de las aventuras. "Mon père", dirá Scarmentado con desenfado, "m'envoya à l'âge de quinze ans étudier à Rome"; mientras que Scaldado apuntará que su padre "résolut de m'envoyer faire mon tour d'Europe pour y acquérir la politesse, la modération d'une civilisation épurée". Scarmentado, quien proviene de Creta, se instala en Roma mientras que el venezolano Scaldado se allega a París en busca de una educación de excelencia. El fracaso corona tales proyectos. La misma situación dramática se repite: tanto Scarmentado como Scaldado, salen desprovistos de tan civilizadas capitales en donde sólo reina la injusticia. El mismo patrón dramático se dará en los subsiguientes países europeos que los protagonistas visitan. Detallar cada viaje resultaría inefectivo porque se reitera el mismo modelo con ligeras variantes. En Francia, Inglaterra, Holanda, España, India, África, Scarmentado enfrentará toda suerte de guerras y de persecuciones políticas, religiosas y raciales. Paralelamente, Scaldado sufrirá iguales calamidades en Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. Una vez despojados estos incidentes de sus particulares detalles, un denominador común se evidencia: la existencia en estos cultísimos países de la corrupción, la intolerancia y el fanatismo.

Si bien es cierto que las situaciones dramáticas que acabo de describir son el resultado de unos préstamos y unas adaptaciones que Betances hace al texto de Voltaire, no por ello el texto de Betances puede considerarse como una mera absorción de los elementos dramáticos de su modelo. Existe, de un texto al otro, un cambio en el tono y en la intención del desenlace que nos hace pensar inmediatamente en el fenómeno de la "transformación" intertextual. Mientras que en el cuento de Voltaire el último viaje del protagonista no reviste ningún elemento novedoso (va al África para experimentar en carne propia el racismo, situación análoga a la de Scaldado cuando visita los Estados Unidos), en la historia de Betances se da el caso de que el último país visitado por el venezolano, resulta ser nada menos que: "une petite île fortunée, sorte de petit paradis terrestre, où les armes de la province sont représentées sur le drapeau d'un agneau"... En esa nueva Arcadia, según rumores llegados a oídos de Scaldado, ni siquiera las serpientes mordían y los hombres sólo se dedicaban a hacer el amor. Pero, "la colonie espagnole de Porto Rico", ese lugar paradisíaco, pronto se le convierte en una horrorosa pesadilla. Allí Scaldado es "componeteado" (entiéndase torturado) al no poder responder a cuál facción política pertenecía, si a los secos o a los mojados. Se alude en este incidente a la trágica época del gobernador Romualdo Palacios quien en el 1887, instituyó los "componetes", una serie de suplicios destinados a reprimir los movimientos de liberación nacional. Felizmente Scaldado logra recuperar su libertad e indignado se dirige a Madrid para denunciar la situación de la isla. Nadie le presta atención, así que desengañado, regresa a su país. Nótese cómo el autor, se vale de la voz narrativa para denunciar los males del coloniaje que su patria, una minúscula isla caribeña, padece en aquel preciso momento histórico. En esta etapa de la historia la reescritura ha introducido nuevos elementos que transforman el texto. Tal transformación se torna más patente hacia el final, cuando el tono ligero que hasta entonces había prevalecido, cobra visos moralizadores. Examinemos cómo se dramatiza dicha metamorfosis. De un lado, en el texto volteriano el narrador termina diciendo: "J'avais vu tout ce qu'il y a de beau, de bon et d'admirable sur la terre: je résolu de ne plus voir que mes pénales. Je me mariai chez moi, je fus cocu et je vis que c'était l'état le plus doux de la vie". Obsérvese que en este desenlace se mantiene el tono desenvuelto, plagado sobre todo de una humorística ironía. Aún más: el protagonista hace constar el profundo desencanto que lo induce a tan honorable resignación. De otro lado, en el texto de Betances, el indignado narrador regresa a su tierra. No obstante, el bizonto de Scarmentado es "incapable de se résigner au bonheur qui avait été si doux à son bisaïeul". Obviamente la cornudez no es su estado favorito. Tampoco adoptará una actitud cínica, sino que se dedicará a una actividad didáctica: la de enseñarse y enseñar aquellas virtudes que no había encontrado en el mundo "pour y arriver à la perfection morale". Simbólicamente doce animales representarán tales virtudes. Sólo la justicia no

aparece en ese bestiario, ante la imposibilidad de encontrar un ser viviente digno de representarla. Mientras tanto, Scaldado se contenta con cultivar la tolerancia, con la esperanza de que en el futuro algún país verdaderamente civilizado logre implantar la tan vapuleada justicia.

Es posible que muchos de ustedes ya hayan comenzado mentalmente el trabajo de reescritura de este cuento. Hacerlo no sería difícil en esta "petite île fortunée, sorte de paradis terrestre où les hommes qui ne se sont jamais battus pour la liberté s'occupent surtout à faire des enfants".

## VIAJES DE ESCALDADO \*

RAMON EMETERIO BETANCES  
"EL ANTILLANO"

Traducción por:  
Carmen Lugo Filippi

Nací en una pequeña república de América del Sur llamada Venezuela, tres veces más grande que Francia y que puede contener cien millones de habitantes. Me llamo Escaldado.

Desciendo en línea directa, por las mujeres, del señor Escarmentado, ese hijo del gobernador de Candie quien aún después de cien años, ha permanecido célebre por sus viajes y quien, en el siglo pasado, termina su relato con estas palabras: "Decidí sólo ver mis penates. Me casé (1756) en mi lugar de origen, fui comudo y comprobé que era el estado más dulce de la vida".<sup>1</sup>

Esta declaración pública siempre ha atormentado a los descendientes de la señora Escarmentada, a quienes pertenezco. A esta causa se debe incluso el cambio de nombre en mi familia y su partida para América, adonde llevó una enorme fortuna.

No había aún alcanzado mis veinte años y ya mi padre había visto, en el país donde nació, tantas guerras civiles, tantas batallas, masacres, ruinas, aventureros convertidos en generales bajo la apariencia de leopardos, de leones, de tigres, de panteras; generales erigidos en presidentes, presidentes transformados en tiranos enriquecidos sin escrúpulos, que decidió enviarme a dar mi vuelta por Europa, para adquirir allí la cortesía, la moderación y la cultura que sólo otorga el espectáculo de una civilización depurada.

Me dirigí, como es de suponer, directamente a París. Llegué allí, me hice vestir por los sastres de moda, cada uno de acuerdo con su especialidad, y me instalé cómodamente en el "Gran Hotel del Zorro de la Pata Dorada", muy dispuesto a admirar las bellezas de esa noble capital, llamada por un francés el cerebro del mundo.

Había apenas regresado a mi departamento cuando comencé a recibir una cantidad de visitas de gentes muy amables, aunque desconocidas para mí, quienes, todas, venían a ofrecerme algún objeto de su

\* Hemos tratado de traducir fielmente el texto original para conservar, en lo posible, las particularidades estilísticas del relato. (Nota de la traductora). Este cuento se publica por primera vez en español en este número.





comercio o a proponerme un negocio magnífico. Entre esos honestos industriales se encontraban personas encantadoras, siempre sonrientes y, en medio de ellas, figuraba uno de los más elocuentes periodistas del diario "El Atomo", cuya tarjeta de identificación llevaba el nombre de Alfonso Tournedos.

Era él quien, por su ardor, había arrastrado en otro tiempo tras sus talones a la muchedumbre que gritaba: ¡A Berlín! ¡Viva el emperador! Pero como hombre independiente y político hábil de nacimiento, había aceptado, después de la caída del imperio, el hecho consumado; y arrastrado a su héroe en el oprobio y en el fango. Había fundado entonces su periódico y me probó, con un razonamiento muy sutil, que tenía que ocuparse de todo lo que pasa y pasará en el mundo, puesto que el mundo sólo es un átomo en el universo. Extremó su bondad hasta el punto de traerme un número de su periódico, el cual encontré lleno de ingenio, aunque sin sentido. Me habló con entusiasmo de la prensa demagógica, epíteto que aceptaba incluso orgulloso. Era para él la única digna. Tan pronto la llamaba un sacerdocio ejercido por un pequeño cenáculo de élite, el cual formaba una especie de clero laico, como tan pronto la llamaba el guía del pueblo, el cuarto poder en el estado. Me permití preguntarle si esa prensa tenía en Francia las mismas responsabilidades que los otros tres poderes, y si no debíamos más bien considerarla, al menos para un cierto número de escritores, como una máquina de sustento. Esta reflexión no le gustó y le produjo un poco de malhumor. Desvió bruscamente la conversación y me leyó un artículo que acababa de publicar acerca de mi país. Lo escuché con asombro. Todo ese escrito probaba tan gran ignorancia de los asuntos de los cuales hablaba y era totalmente contrario a la verdad, que no pude retener esta exclamación: "¡Es falso! ¡Requete falso!"

El escritor se detuvo en seco, tomó su sombrero y me miró con desprecio.

—¡Señor —exclamó— usted me insulta!

—Como guste— respondí.

—¿No entiende usted ni jota de política?, prosiguió—. Ya oír hablar de mí.

Y partió como un cohete.

Media hora después, recibía dos señores encargados por el redactor de "El Atomo" para solicitarme una satisfacción mediante las armas. Jamás he sido hombre de espada y hubiera preferido zanjar este asunto de otra manera; pero dos de mis amigos me probaron que debía honrar mi nacionalidad, adoptar las costumbres del país en donde tenía la ventaja de hallarme y hacerme degollar, si era necesario, por haber tratado de corregir las opiniones de un ignorante. Me hicieron, además, comprender que todo arreglo pacífico era imposible, dado que en París cuando un escritor no consigue darse a conocer por la pluma, debe lograrlo por la espada.

A la mañana siguiente, debido a mi torpeza, recibí en el lado izquierdo del pecho una estocada que estuvo muy cerca de traspasarme el pulmón. Me valió una herida seguida de una pleuresía, que me mantuvo tres semanas guardando cama y que, entre médicos especialistas, cirujanos, farmacéuticos, enfermeros especializados y gastos extras del "Zorro de la Pata Dorada", me costó bien caro.

Es cierto que tuve la gloria de ver la denuncia de mi duelo publicado en todos los periódicos, y durante una mañana en dos cafés del bulevar sólo se habló del venezolano Escaldado y del señor Alfonso Tournedos, redactor de "El Atomo". Esto me proporcionó cierta popularidad y una vez que estuve en el período de convalecencia, recibí una invitación para asistir a un mitin de Belleville, adonde acudí por cortesía

Un espectáculo al cual había asistido pocos días antes, habría debido hacerme más prudente.

En un barrio habitado por los sabios y por los jóvenes más alegres, más amables y más instruidos de París, y en donde se supone que se habla el mejor francés, por lo cual se le llama "El Barrio Latino", había visto doscientos o trescientos estudiantes gritar como locos: "¡Al Sena!" "¡Al Agua!"; lanzarse sobre un carruaje que pasaba, detener los caballos, hacer descender al cochero y tratar de sacar del vehículo, bamboleado en todas direcciones, a las personas que estaban allí muertas de miedo.

Pregunté contra quién se estaba resentido. Se me respondió que el objeto de indignación pública era una tunante que había vendido condecoraciones. Me abstuve cuidadosamente de responder que en mi país y en muchos otros se vendían mucho las "futilidades de la vanidad", sin que el sector más encantador y más ilustrado de la población se creyera obligado a ahogar mujeres.

Fui entonces a Belleville.

Se estableció la mesa de la asamblea más o menos bien. En muy buenos términos el presidente recomendó a la asamblea la moderación, de la cual siempre sabe dar muestra un pueblo libre, y reclamó el más profundo silencio. Se trataba de la elección de un diputado. Vi enseguida aparecer en la tarima una especie de titán que avanzó majestuosamente hacia la barandilla. Ningún hombre parecía más adecuado para dominar a la muchedumbre que aquel ciclope. Imponía respeto. Sin embargo, algunos silbidos comenzaron a escucharse. Bancos y sillas, animados por un balanceo en cierta medida espontáneo y como poseídos por espíritus inquietos, me parecieron prestos a emprender una danza macabra.

—¿Por qué se agitan?, pregunté a mi vecino.

—Es un burgués, me respondió.

—¿Y bien?

—Pues bien, nosotros somos anarquistas. Lo colgaremos y con él a todos los burgueses.

—¿Y luego?

—Luego, derrocharemos sus bienes.

—¿Y luego?

—No habrá nada más y recomenzaremos el mundo.

—¡Hermoso programa! Será sin duda una era muy dichosa para la humanidad, respondí, pero será necesario, quizás, para disfrutar de ello, esperar que la tierra haya completado también una gran revolución, que se tome boca arriba y que el Ecuador se sitúe en los polos.

Mientras tanto, el ruido se había transformado en un estrépito infernal. Mi interlocutor farfullando, luego señalándome de pronto a mis vecinos, exclamó: ¡Ah! ¡Chusma burguesa! e inmediatamente una avalancha de sillas y de banquetas se abatió sobre mi cabeza, sin darme tiempo de huir. Caí atolondrado. Se me arrastró por un pie hasta la puerta, en donde el aire me devolvió a la vida y no escuché nada más que vociferaciones furibundas y por encima del tumulto, una voz ciclópica, dominadora, que tronaba: ¡Ebrios esclavos!

No volví siquiera la cabeza. Desgarrado y completamente herido, corrí al hotel, cerré mis baúles y decidí partir hacia Inglaterra, seguro de encontrar en los flemáticos hijos de Albión, la moderación que conviene a un pueblo cristiano, episcopal, metodista y civilizador.

Debo decir que tuve primero la idea de visitar a la virtuosa Alemania; pero veía el imperio germánico tan erizado de sables y de bayonetas y tan rodeado de cañones, de fosas y de fortalezas, que temía esa visita donde sólo contaba ver por doquier cascos y escudos. Decidí, pues, ir primero a explorar las fronteras; pero tan pronto como me adelanté del territorio francés hacia una línea alemana, fui recibido con tiros de fusil. Tuve apenas tiempo de acurrucarme detrás de un tronco para salvarme, pero de los dos amigos que me acompañaban, uno fue gravemente herido y el otro asesinado en el acto, lo que se consideró una bagatela, después de haber dado lugar a graves complicaciones diplomáticas.

Partí hacia la libre Albión.

Sucedió, por casualidad, que a mi llegada a Londres, el carruaje que había tomado en la estación tuvo que pasar por la plaza de Trafalgar, en donde el populacho estaba reunido. Varios caballeros peroraban sobre diferentes asuntos. Hombres de una talla atlética detuvieron los caballos de mi carruaje y se acercaron a la portezuela, amenazándome con el puño. Se me dijo que se discutía el asunto de Irlanda y casi estoy seguro de que me tomaban por un terrateniente. Me acordé de Belleville. Me disponía entonces a ser del parecer de los rebeldes, pero cuando grité —¡Viva Irlanda!—, ya se habían robado mi reloj. No salí, sin embargo, sano y salvo. Desgraciadamente un policía me había escuchado y apenas me hube alejado de la muchedumbre, ya éste me echaba el guante y me conducía a prisión. Se me envió a Dublin para disfrutar del verdor legendario de Erín. El carcelero me recibió con suma gravedad y se aprestó a despojarme de mi dinero y de mi vestimenta. Resistí, no insistió.

Al anochecer, aún no había comprendido esta aventura; pero moría de cansancio.

Me desvestí, me acosté y me dormí profundamente. ¡Cuál no fue mi sorpresa, en la mañana, al no encontrar mi ropa! En su lugar se me había puesto un traje repelente. El carcelero me informó que era el uniforme de los prisioneros el que debía llevar; pero lo encontré tan degradante y tan innoble, que no pude decidirme a ponérmelo. No se me hostigó y se me dejó en la cama a mi gusto. Pasé un mes haciendo estopa con viejos cordones, tarea ruda y agobiante de los prisioneros, que terminó por despellejarme todas las manos. En esa época, mi cónsul, a cuyos oídos no sé cómo llegó este asunto, me reclamó y me liberó. Me imaginé que en un país de libertad donde no se podía ni complacer a los revolucionarios sin ser robado, ni satisfacer a las autoridades sin ser desollado, sería difícil residir y en el mismo Dublin compré pasaje en un vapor para Nueva Orleans. Iba a buscar refugio en la República Coloso, república modelo, al abandonar la monarquía parlamentaria por excelencia.

Pasé las primeras veinticuatro horas en la calma más dichosa. El segundo día iba a visitar la ciudad, cuando ví en la calle hombres, mujeres, niños que corrían atraídos por el más riquísimo de los espectáculos.

Corrí como ellos y pronto me encontré en presencia de varios hombres enmascarados. Algunos sostenían cuerdas y otros golpeaban con palos un desgraciado negro que habían arrancado del banco de los acusados y que arrastraban, seguidos por la muchedumbre con gritos de: —“¡Muerte! ¡Linchenlo!”

Se me dijo que ese criminal había tenido la audacia de hacerse amar por una joven blanca, y el pueblo en masa hacía un acto de justicia ejecutando la ley de Lynch. Con un gesto tan tonto como instintivo, me lancé a defender a la víctima; pero en un instante fui prendido y amarrado como un negro. Me parece que me embadurnaron el rostro con hollín. Me pasaron un nudo corredizo por el cuello, e iba a ser colgado del otro extremo de la cuerda del infortunado Yoyo, cuando por suerte fui librado por otro cónsul que había asistido a esta escena y quien me había reconocido. Dos años antes le había salvado yo mismo la vida, escondiéndolo en mi casa, cuando sus enemigos triunfantes lo perseguían para fusilarlo porque no pensaba como ellos. Esta vez me libré de una buena en la mejor de las repúblicas; pero no pude eximirme de hacer esta reflexión: que los cónsules son buena cosa cuando se dignan ocuparse de sus conciudadanos.

Había escuchado en Venezuela acerca de una pequeña isla afortunada, especie de paraíso terrenal, en donde las armas de la provincia están representadas por un cordero en la bandera, en donde, desde tiempo inmemorial no se ha visto un toro embestir hombre ni mujer, aún vestidos de rojo, en donde las mismas serpientes no pican y en donde los hombres, que nunca han peleado por la libertad, se ocupan, sobre-

todo, de procrear. “En donde hay muchos niños, me dije, hay mucho amor, por consiguiente, grandes alegrías”. Héme allá, pues, rumbo a la colonia española de Puerto Rico, pequeña isla que es una de las Grandes Antillas.

No se me había hablado mucho de la belleza del país y del carácter humilde y dulce de esos isleños. Encontré, sin embargo, que hacía calor y me dirigí a un café para refrescarme y comer algunos dulces o bizcochos muy buenos que allí se hacen. Me preguntaron que si era partidario de los “secos” o de los “mojados”. Respondí que me daba lo mismo, con tal de que fuesen frescos. Mi interlocutor, quien tenía cerca de él una especie de gendarme llamado “guardia civil”, ripostó encolerizado que me burlaba. El guardia llamó a dos de sus compañeros; me agarraron, me ataron los brazos a la espalda, apretándome hasta hacer brotar la sangre, y me ordenaron caminar. Comprendí que no había otra cosa que hacer. Caminé. Uno de aquellos caballeros me empujó tan fuerte que me caí. Los otros me levantaron a sablazo limpio y, pinchándome la espalda e incluso más abajo con la punta de sus armas, me gritaban: “¡Componte!”<sup>2</sup> (Alíneate). El término ha perdurado y se denomina así hoy, tanto en Cuba como en Puerto Rico, a la serie de suplicios que comenzaba para mí.

Esos agentes del orden público me condujeron ante un tribunal compuesto por un coronel del ejército español y de otros tres guardias civiles. Me ataron a un poste, en donde quedé inmovilizado durante diez y ocho horas, sin beber ni comer. El coronel me increpaba con las más viles injurias, me abofeteaba, me escupía el rostro, me llenaba las piernas de llagas a fuerza de puntapiés, y me provocaba, atado como estaba, a batirme con él. ¡Era muy caballeroso! Terminé por desmayarme.

Mientras me martirizaban, se me ordenaba confesar que formaba parte de la conspiración de “los secos” y de los “mojados”, cuyo fin era hacer volar la isla con melinita que había traído de París, para luego convertirla en acciones que se repartirían entre los conspiradores. Por más que protestaba de mi inocencia, mi voz se perdía entre el ruido de las imprecaciones de los agentes del orden.

Se me colgó entonces por un pie, no lejos de otro desventurado que colgaba de un brazo. Se nos empujaba uno contra el otro, meciéndonos fuertemente. Cada choque de nuestros dos cuerpos nos hacía dar gritos desgarradores. Imploré piedad.

Para aliviarme se me cortó la cuerda y, de cabeza, fui a golpear el piso con todo el peso de mi cuerpo. Mi compañero de torturas expiró en el acto. Yo que me creí muerto, sólo estuve atolondrado un instante.

Una vez restablecido, me tendieron sobre un tablón y me amarraron sobre el mismo, dándome vueltas con una cuerda por todas partes; y lo hicieron tan fuertemente, desde los pies hasta la cabeza, que estuve a punto de asfixiarme a causa de la sangre y morir de dolor. Me decían entonces que señalara a los jefes de la conspiración. Repetí que sólo conocía en la isla al cordero de la bandera, pero me daban nombres de



personas de quienes jamás había oído hablar y los repetía sin darme cuenta, en una especie de delirio. Desamarraron entonces la cuerda, me levantaron completamente magullado y me pusieron, entre los dedos de las manos, pequeñas sortijas equipadas con puntas de hierro. Me oprimieron así los dedos sobre ellas, con una fuerte cinta, hasta que hube declarado todo lo que se quiso hacerme decir.

Unicamente entonces se me liberó, para hacerme firmar mis declaraciones, pero cuando quise tomar la pluma me encontré paralizado de manos y de brazos. Me enviaron a prisión. Y yo, que no había tenido idea de los procedimientos contundentes de la Inquisición, nada más que aplicados a los asuntos de la fe católica y que los creía abolidos, comprendí que la causa por la cual se les empleaba había sólo cambiado, y que si habían servido hasta finales del siglo XVIII para hacernos agradable la religión, aún servían al final del siglo XIX —siglo del teléfono y de los globos no-dirigibles— para hacernos amar la política conservadora.

Estaba presto para sufrir nuevos tormentos, incluso la muerte, cuando se propagó la noticia de una orden llegada súbitamente de Madrid.

El gobernador, quien caprichosamente se dedicaba a esos manejos, a fin de adjudicarse el mérito de reprimir una conspiración que no existía y, en realidad, para destruir el partido liberal, hostil a sus ideas, fue retirado por el ministro. Me reanimé con la esperanza de que me devolverían a la libertad con cientos de prisioneros que habían experimentado las mismas torturas que yo y muchas otras aún más horribles. Tuvimos que deplorar la muerte de un gran número de nuestros compañeros de infortunio. Mi robusta constitución me permitió sanar, y una vez libre, me entró un irresistible sentimiento de indignación. Me dirigí a Madrid para reclamar justicia. Se me respondió que el ministro se preocupaba, sobre todo, de mantenerle todo su prestigio a la autoridad, que justas o injustas, legales o ilegales, las órdenes de la autoridad y aún sus caprichos, debían ser obedecidos; que la autoridad tenía siempre el derecho de actuar de acuerdo con su conciencia; y, que si no había exterminado de un solo golpe a esa dulce raza insular que proporciona a la metrópolis veinte millones de pesetas todos los años, tal cosa ocurriría tarde o temprano. Añadió que aquellos que se habían salvado, debían ensalzar a su ex-gobernador, a su sucesor y a los valientes guardias civiles. Finalmente, sabiendo que era extranjero, me colocaron entre dos gendarmes y me condujeron a la frontera, rogándome que presentara mis querellas en otra parte.

Retomé el camino de mi país; pero incapaz de resignarme a la felicidad que había sido tan grata a mi abuelo putativo, el señor Escarmentado, decidí ir a establecer mis penates en un bosque que me pertenecía. Allí decidí criar un gran número de animales que sirvieron, por otra parte, para aumentar considerablemente una fortuna, que compartía cada uno de aquellos que me rodeaban. Me metí entonces en la

cabeza la idea de reanudar los experimentos de Franklin para alcanzar la perfección moral. Escogí doce grupos de animales, de los cuales cada uno representaba una de las virtudes buscadas por el filósofo, y los instalé cómodamente alrededor de mi morada, unos en jardines repletos de flores, otros en jaulas, otros más en establos o en praderas. Viviendo en su presencia tenía constantemente ante mi espíritu estas doce cualidades y escogí...

Para la temperancia .....	el camello
Para el silencio .....	el carpa
Para el orden .....	el castor
Para la resolución .....	el colibrí
Para la economía .....	la hormiga
Para el trabajo .....	el buey
Para la sinceridad .....	el perro
Para la moderación .....	el cordero
Para la limpieza .....	el cisne
Para la tranquilidad .....	el elefante
Para la castidad .....	la cotorra
Para la humildad .....	el asno

En cuanto a la décimo-tercera virtud —la justicia—, la encontraba demasiado noble para investir a ninguno de los seres que me rodeaban.

Me juzgué a mí mismo indigno de representarla y me contenté con inscribir en letras de oro a la entrada de un pequeño pabellón central adonde venían a resolverse ante mí los asuntos en litigio de los miembros de la familia, la palabra tolerancia, sin esperar, no obstante, que en los países más civilizados, esa gran virtud fuera empleada en todos los quehaceres de la inteligencia humana, no antes de seis mil u ocho mil años.

1. Cuento de Voltaire.

2. Este relato del "componte" es rigurosamente histórico. Se les llama "componteados" (corregidos) a aquellos que han sufrido torturas.